

Variaciones representacionales y falsos amigos

PEDRO J. CHAMIZO DOMÍNGUEZ
Universidad de Málaga

I. INTRODUCCIÓN

I.1. DEFINICIÓN DE LOS FALSOS AMIGOS

El fenómeno lingüístico de los falsos amigos como una cuestión de interferencia lingüística quizás sea tan antiguo como la existencia misma de las diversas lenguas naturales. Y, sin embargo, el término *falsos amigos* es relativamente reciente. De hecho, el término *falsos amigos* (*faux amis*, en francés) fue acuñado por M. Koessler y J. Derocquigny en su conocida obra clásica y seminal sobre el tema: *Les faux amis, ou, Les trahisons du vocabulaire anglais: conseils aux traducteurs* (1928). La acuñación metafórica de estos autores ha hecho tal fortuna que ahora está ya lexicalizada, al menos entre lingüistas y traductores, para significar un fenómeno de interferencia lingüística.

Por *falsos amigos* se entiende el hecho de que dos palabras dadas en dos o más lenguas naturales dadas sean iguales o muy parecidas gráfica y/o fonéticamente pero que, sin embargo, sus significados sean diferentes parcial o totalmente. Dicho de otra manera, los falsos amigos son aquellas palabras que comparten sus significantes pero que difieren total o parcialmente en cuanto a sus significados.

Aunque el término *falsos amigos* es el más frecuentemente usado en la literatura sobre este fenómeno lingüístico, también se han utilizado otros muchos. De hecho, D. Buncic (2000: 4) cita hasta 16 términos más para referirse al mismo fenómeno. De estos quisiera comentar cinco de ellos en la medida en que sus significados pueden ser aplicados a un fenómeno más amplio que el de los falsos amigos: *false pairs*, *deceptive words*, *false cognates*, *treacherous twins* y *les belles infidèles*. Como se puede inferir fácilmente, todos estos términos usados para referirse al fenómeno lingüístico objeto de este estudio

coinciden en calificarlo como falaz o causa de errores. Y de estos cinco términos alternativos al de *falsos amigos* quizás el más usado sea el de *falsos cognados*. Pero, usar *falsos cognados* en lugar de *falsos amigos* puede inducir al error, de modo que conviene delimitar bien los conceptos de falsos cognados y de falsos amigos. *Cognado* deriva por vía culta de la palabra latina *cognatus* [pariente] y se emplea en lingüística para significar aquellas palabras que tienen un origen común, con independencia de que sus significados hayan sufrido o no hayan sufrido cambios.¹ De acuerdo con ello, la palabra castellana *padre* y la francesa *père* serían cognados por proceder ambas de la palabra latina *pater*, aunque en determinadas colocaciones y contextos –como, por ejemplo, en *Le père Antoine*– el término francés deba traducirse por *tío* y no por *padre*. De manera que casos como el de estas dos palabras pueden ser falsos amigos semánticos parciales, aunque sean verdaderos cognados. Por el contrario, la palabra italiana *cazzo* [pene] y la castellana *cazo* serían falsos amigos y falsos cognados en la medida en que sus significados respectivos son distintos y, además, no hay entre ellas ninguna relación etimológica que se remonte a un antepasado común a ambas. Esto hace que el ámbito de los falsos amigos sea más amplio que el de los falsos cognados desde el momento en que todos los falsos cognados son falsos amigos, pero no todos los falsos amigos son falsos cognados. Dicho más técnicamente, el conjunto de los falsos amigos incluye al conjunto de los falsos cognados, pero no al revés; esto es, *falso cognado* sería un hipónimo de *falso amigo*, y éste segundo sería el término superordenado. Los falsos cognados serían, pues, aquellos falsos amigos que llamaré “falsos amigos por casualidad” un poco más adelante.

I.2. CLASIFICACIÓN DE LOS FALSOS AMIGOS

Desde el punto de vista de los significantes y desde una perspectiva sincrónica, cuando los falsos amigos son iguales o muy parecidos gráficamente reciben el nombre de *homógrafos*. Así, por ejemplo, la palabra finlandesa *juusto* [queso] y la castellana *justo* son muy parecidas gráficamente aunque sus significados sean totalmente diferentes. Por su parte, cuando los falsos amigos son iguales o muy parecidos fonéticamente reciben el nombre técnico de *homófonos*. Así, por ejemplo, la palabra inglesa *pun* [juego de palabras, retruécano] y la castellana

1 *Cuñado* y *cuñada* derivan de la misma palabra latina, con lo que *cuñado/cuñada* y *cognado* son un perfecto ejemplo de cognados lingüísticos. En su acepción gramatical, el *Diccionario de la Real Academia Española (DRAE, en adelante)* sólo considera a *cognado* como un adjetivo y, además, lo considera sólo desde el punto de vista morfológico y no semántico: «emparentado morfológicamente». Las definiciones de los términos castellanos, siempre que no especifique explícitamente otra fuente, las tomo de la última edición del *DRAE*.

pan suenan aproximadamente lo mismo,² aunque sus significados tampoco tengan ninguna relación.

Desde el punto de vista de los significados y desde una perspectiva sincrónica, los falsos amigos han sido clasificados de muy diversas maneras (Carroll, 1992: 101; Trup, 1998: 50-60; y Chamizo Domínguez y Nerlich, 2002: 1835-1837), que pueden sintetizarse en dos tipos básicos: 1, falsos amigos por casualidad, 2, falsos amigos semánticos. Los falsos amigos por casualidad son aquellos pares de palabras que son iguales o similares (gráfica y/o fonéticamente) en dos o más lenguas dadas, pero sin que exista ninguna causa semántica o etimológica que puedan dar razón de esta igualdad o similitud. Los falsos amigos por casualidad son el equivalente en dos lenguas distintas a los casos de homonimia dentro de una sola lengua. La palabra castellana *misa* y la eslovaca *misa* [fuente para servir la comida] se pueden considerar como casos paradigmáticos de falsos amigos por casualidad. Igualmente, la palabra castellana *auge*, la francesa *auge* [pilón, artesa, valle, cuenca, barreño] y la alemana *Auge* [ojo] comparten sus formas gráficas aunque no compartan ni sus significados ni sus pronunciaciones. Un caso particularmente curioso de este tipo de falsos amigos por casualidad es el que se da entre la palabra castellana *chumbo* y la portuguesa *chumbo* [plomo], que hace que los españoles se sorprendan sobremanera cuando se percatan de que en las gasolineras portuguesas existe gasolina *sem chumbo*.³

Los falsos amigos semánticos son aquellos pares de palabras iguales o similares (gráfica y/o fonéticamente) en dos o más lenguas dadas y que están etimológicamente relacionados, bien porque ambos procedan de una fuente común —el latín, el griego y, en menor medida, el árabe para las lenguas europeas—, bien porque una lengua haya tomado una determinada palabra como préstamo de la otra lengua, pero cambiando su significado, como veremos más adelante. Los falsos amigos semánticos son el equivalente en dos lenguas distintas a los casos de polisemia dentro de una sola lengua. Los falsos amigos semánticos pueden dividirse, a su vez, en dos grupos distintos: 1, falsos amigos semánticos totales, que son aquellos cuyos significados en dos o más lenguas dadas son completamente distintos; y 2, falsos amigos semánticos parciales, que son aquellos que en dos o más lenguas dadas comparten algunos de sus significados mientras que no comparten otros significados (Veisbergs, 1993).

2 En principio, y para los efectos de este trabajo, prescindo de las diferencias fonológicas que puedan existir en función de los diversos sistemas fonológicos de las distintas lenguas naturales.

3 La etimología de la palabra portuguesa es clara, *chumbo* deriva del latín *plumbeum* [plomo]. Por desgracia, la etimología de la palabra castellana es oscura. Las explicaciones etimológicas de las palabras castellanas, siempre que no se especifique otra cosa, las hago siempre según la autorizada obra de Corominas y Pascual (1984-87).

Un caso paradigmático de falsos amigos semánticos totales es el de la palabra inglesa *topic* [tema, materia, asunto] y la castellana *tópico*. Ambas palabras proceden del griego *tópos* [sitio, lugar] y han sido acuñadas en las lenguas modernas mediante una alusión a los *Tópicos*, de Aristóteles. Ahora bien, el término inglés ha adquirido su significado actual mediante un proceso de amelioración, mientras que su cognado español ha adquirido su significado actual mediante un proceso de peyoración. Como resultado de estos dos procesos divergentes *topic* y *tópico* han adquirido significados tan opuestos como para que, si los alumnos de un profesor inglés, dicen de él que ha enseñado determinados *topics* en sus clases, el profesor sea considerado un buen docente. Si, por el contrario, unos alumnos españoles dicen que un determinado profesor enseña *tópicos* en sus clases –y mucho más si utilizan el aumentativo *topicazos*– el prestigio profesional del profesor en cuestión lo consideraríamos hartamente dudoso.

Por su parte, un caso ejemplar de falsos amigos semánticos parciales podría ser el del adjetivo español *inexcusable* y su cognado inglés *inexcusable*. Ambos proceden del mismo adjetivo latino [*inexcusabilis*] y ambos comparten los significados de ‘indefendible’, ‘imperdonable’ o ‘injustificable’. Pero el adjetivo castellano ha desarrollado un significado metafórico de segundo orden que no ha desarrollado su equivalente inglés. De acuerdo con este significado de segundo orden que ha desarrollado el adjetivo castellano, *inexcusable* significa también ‘ineludible’ [*unavoidable*, en inglés], lo que ha dado como resultado el que la palabra castellana sea más polisémica que la inglesa correspondiente y se haya creado un falso amigo semántico parcial que puede llevar a más de un equívoco a un hablante de inglés que no sea consciente de la polisemia del término castellano.⁴ Los equívocos a los que puede llevar la polisemia del adjetivo castellano *inexcusable* suelen ser desambiguados en función del contexto en que se use el adjetivo y, en función de ello, un traductor al inglés podría decidir razonablemente en cada caso si debe traducir al inglés el adjetivo castellano por *unavoidable* o por *inexcusable*.⁵

4 Esto es exactamente lo que le ocurrió a mi amiga Brigitte Nerlich cuando, con motivo del primer trabajo que escribimos en colaboración, leyó que yo había escrito «a diferencia del Principio de Interés, el Principio de Expresividad ‘es más difuso y difícil de definir’, aunque su papel sea inexcusable en la conversación» (Nerlich y Chamizo Domínguez, 1999: 90) y entendió que *inexcusable* significaba lo mismo que su cognado inglés. Y, como quiera que en este contexto el significado de ‘imperdonable’ para *inexcusable* carecía de sentido, me preguntó inmediatamente: «Pedro, what do you mean?».

5 No obstante la cosa siempre es susceptible de ser malinterpretada. Si hacemos caso a los ejemplos que proporciona el *DRAE* para ilustrar los dos significados de *inexcusable*, tampoco quedaría totalmente claro. Así, el *DRAE* ilustra el significado de ‘imperdonable’ con el ejemplo «Un error inexcusable» y el de ‘ineludible’ con «Una visita inexcusable». Pero es obvio que,

II. SEMÁNTICA DE LOS FALSOS AMIGOS

II.1. PRÉSTAMOS Y FALSOS AMIGOS SEMÁNTICOS

Puesto que los falsos amigos semánticos son siempre cognados que proceden en última instancia de un mismo término original, la explicación de este fenómeno lingüístico hay que buscarla en el hecho de que ciertas palabras en una lengua proceden de otras palabras en otra lengua como préstamos o como herencias. La distinción entre préstamo y herencia radica en que se considera herencia al hecho de que una palabra proceda por vía natural de una lengua a la que se considera la lengua madre de la segunda, mientras que por préstamo se entiende el fenómeno análogo cuando entre las dos lenguas en cuestión no hay ninguna relación de filiación. Así, las palabras *hombre*, *homme* o *uomo* serían herencia del latín *homo*,⁶ mientras que la palabra castellana *aguacate* sería un préstamo de la lengua azteca, donde ese término, significando el fruto, era ya una metáfora construida sobre un término que significaba literalmente *testículo*. Ahora bien, también se da el caso de la herencia cuando la lengua madre y la lengua hija se consideran lo suficientemente diferenciadas como para que se vean como lenguas distintas. Así, la palabra *copla* (del latín *copula*) se considera una herencia del latín mientras que *cópula* se considera un préstamo –lo mismo con su significado sexual que con su significado gramatical– en la medida en que entró en el castellano en el siglo XV, cuando el latín y el castellano se consideraban ya lenguas claramente diferenciadas. Siendo las cosas así, utilizaré, para los efectos de este trabajo, el término *préstamo* para significar el fenómeno consistente en que una lengua tome una palabra de otra lengua, sea como fruto del proceso por el cual se convierte una lengua en otra distinta, sea como préstamo propiamente dicho.⁷

Si un préstamo es relativamente reciente en una lengua término (LT, en adelante) hasta el punto de que los hablantes lo consideren ajenos a su propia

dado el contexto adecuado, *un error inexcusable* puede significar ‘un error ineludible’ y *una visita inexcusable* puede significar ‘una visita imperdonable’.

6 Para ser exacto, el término francés y castellano proceden del acusativo latino, mientras que el italiano procedería del nominativo. Cuando cite palabras latinas en este trabajo, escribiré convencionalmente sólo el nominativo masculino, en el caso de los adjetivos y sustantivos, y, en el caso de los verbos, el infinitivo.

7 También ésta es una diferencia bastante artificiosa y que depende más del sentimiento de los hablantes sobre su propia lengua que de criterios objetivos. Entre el griego homérico y el griego demótico actual hay tantas diferencias –si no más– que entre el latín de la época de Cicerón y el castellano actual. Y, sin embargo, consideramos que el griego homérico y el griego demótico actual son la “misma lengua”, mientras que consideramos que el latín de la época de Cicerón y el castellano actual son “lenguas distintas”.

lengua porque no haya entrado aún a formar parte del sistema de la lengua en cuestión, el préstamo se siente como tal y la palabra de que se trate se considera como “extranjera”. Pero cuando el préstamo entra a formar parte del sistema de la LT, ya no se siente como tal préstamo. Uno se sorprende cuando descubre que *jamón* –siendo el jamón, como es, algo tan español– haya sido alguna vez un préstamo del francés *jambon*, que ha terminado por sustituir casi totalmente al más castizo *pernil*, que en castellano suena desde hace ya mucho tiempo a arcaico o dialectal y que, en catalán, sigue siendo el término habitual para designar la “pierna trasera del cerdo, curada o cocida entera”. Y uno se sorprende más aún cuando, leyendo a Quevedo, descubre la gran cantidad de préstamos del latín que acuñaron los culteranos y sobre los que Quevedo ironiza en el conocido soneto “Receta para hacer *Soledades* en un día”:

“Quien quisiere ser culto en sólo un día,
la jeri (aprenderá) gonza siguiente:
fulgores, arrogar, joven, presiente,
candor, construye, métrica armonía;

poco, mucho, si no, purpuracía,
neutralidad, conculca, erige, mente,
pulsar, ostenta, librar, adolescente,
señas traslada, pira, frustra, arpía;

cede, impide, cisuras, petulante,
palestra, liba, meta, argento, alterna,
si bien disuelve émulo canoro.

Use mucho líquido y de errante,
su poco de nocturno y de caverna,
anden listos livor, adunco y poro.

Que ya toda Castilla,
con sola esta cartilla,
se abrasa de poetas babilones,
escribiendo sonetos confusiones;
y en la Mancha, pastores y gañanes,
atestadas de ajos las barrigas,
hacen ya cultedades como migas”.

Y, si no fuera por el testimonio de Quevedo, sería sumamente difícil creer que, todavía en el siglo XVII, palabras como *candor*, *conculcar*, *joven*, *adolescente*, *meta*, *petulante*, *poro* o *palestra*, eran aún sentidas como préstamos.

Incluso, a veces, un préstamo se ha extendido de forma tan general en una familia de lenguas que parece imposible que la palabra de que se trate sea un préstamo y no una herencia de la lengua madre de esa familia de lenguas. Precisamente una palabra que está presente en todas las lenguas románicas es la palabra *blanco*, sea como adjetivo, como sustantivo o como ambas cosas: castellano *blanco/blanca*, francés *blanc/blanche*, portugués, *branco/branca*; italiano *bianco/bianca* o catalán *blanc/blanca*. Tan común es esta palabra en las lenguas románicas que uno tendería a pensar que debe ser una herencia de un hipotético término latino **blancus*. Y sin embargo, sorprendentemente, *blanco* no es un término latino, sino un término germánico presente aún en alemán, holandés e inglés con la forma básica *blank*. Cuando este término fue tomado como préstamo por las lenguas románicas –que en el caso del castellano está documentado ya hacia 1140 (Corominas y Pascual)– cambió su significado germánico original de ‘brillante’ por el que tiene en las lenguas románicas mediante una metonimia. Por su parte, en algunas lenguas germánicas, por medio de otra metonimia, *blank* ha terminado adquiriendo el significado básico de ‘vacío’, aunque pueda tener otros muchos significados. En cualquier caso, el resultado ha sido, por una parte, la creación de toda una constelación de falsos amigos semánticos entre las lenguas románicas y germánicas, y por otra parte, dentro de las propias lenguas germánicas. Así, por ejemplo, [1] *A blank cheque* es entendido por los hablantes ingleses como una expresión literal que significaría [1.1] *Un cheque vacío*, mientras que [1.2] *Un cheque en blanco* es entendido por los hablantes castellanos como una metonimia y con un significado muy distinto del de [1.3] *Un cheque blanco*. En holandés, que, por tener las palabras *blank* y *wit* el significado de ‘blanco’, [2] *Een blanco cheque* significa [2.1] *Un cheque en blanco* mientras que [3] *Een witte cheque* significa [3.1] *Un cheque blanco*. Del mismo modo, el inglés [4] *A blank sheet* significa literalmente [4.1] *Una hoja vacía* y no [4.2] *Una hoja blanca*. Y lo mismo que se dice para *blanco* como adjetivo se puede decir, *mutatis mutandis*, para *blanco* como sustantivo. Efectivamente, *blanco* es también un sustantivo en las lenguas románicas que, referido a personas, indica una raza determinada y un tipo especial del color de la piel.⁸ Pero en las lenguas germánicas su cognado *blank* ha seguido caminos muy diversos. En holandés, *blank* funciona como adjetivo con el significado

8 Por el momento prescindo de colocaciones como *estar sin blanca*, que también fue una metonimia en su momento y que ahora tiene ya un significado lexicalizado que la hace sinónima de ‘estar sin dinero’.

de ‘blanco’ (Vg.: *Het blanke ras*, ‘la raza blanca’ o *Blanke slavinnen*, ‘trata de blancas’) y como sustantivo para referirse a la raza blanca o a las personas de raza blanca (Vg.: *Hillary is een blanke*, ‘Hillary es blanca’ o *Verboden voor blanken*, ‘prohibido a los blancos’).⁹ En alemán sólo funciona como adjetivo y ha conservado el significado original de ‘brillante’ además del de ‘blanco’, amén de los significados de ‘reluciente’, ‘lustroso’, ‘liso’ o ‘pulido’. Y, finalmente, el inglés *blank* funciona como adjetivo y como sustantivo. Como adjetivo *blank* no sólo significa ‘vacío’, sino también ‘impasible’, ‘indiferente’, ‘inexpresivo’, ‘confuso’, ‘perplejo’, ‘desconcertado’, ‘absoluto’ o ‘completo’. Y, como sustantivo, *blank* es sinónimo de *void*, *emptiness* o *vacuum* (Fergusson, 1986), pero no es aplicable ni al color ni a las personas de raza blanca.

Cuando el término prestado mantiene el mismo o los mismos significados en la LT que tenía ese término en la lengua origen (LO, en adelante), la cuestión de los falsos amigos no se plantea y un término puede ser considerado como equivalente al otro sin mayores problemas. Ahora bien, dado que la mayoría de las palabras de una lengua dada son polisémicas lo normal es que el término de que se trate cambie total o parcialmente su significado en la LT y los términos cognados se conviertan en falsos amigos totales o parciales. Y los mecanismos para crear falsos amigos semánticos a partir de un antepasado común pueden ser lo mismo el de la restricción de significado que el de la ampliación de significado. De forma que el cambio de significado en los términos que tienen un antepasado común se puede dar de varias maneras aunque el resultado sea siempre el de la creación de falsos amigos semánticos. Estas maneras posibles serían básicamente las siguientes: 1, restricción de los significados del término de la LO a uno o muy pocos significados del mismo término en la LT; 2, restricción de significados y añadido de nuevos significados que no existían en la LO; 3, mantenimiento del significado de la LO y añadido de algún nuevo significado adicional en la LT; y 4, creación de, al menos, un nuevo significado en la LT que no existía en la LO. Consideremos a continuación algunos ejemplos reales de estas cuatro posibilidades.

II.1.1. RESTRICCIÓN DE SIGNIFICADO

Las palabras francesas *madame*, *maître* y *chef* han pasado a formar parte del léxico de otras muchas lenguas europeas y no europeas, pero restringiendo los múltiples significados que esos términos tienen en la LO. Así, *madame* ha

⁹ El holandés *blank* tiene otros muchos significados translaticios. Quizás el más sorprendente sea el de ‘inundado’ (Vg.: *De straat staat blank*, ‘La calle está inundada’). Agradezco a mi colega Jos Hallebeek (Universidad de Nimega) la información sobre la lengua holandesa.

pasado a multitud de lenguas pero con un significado restringido al ámbito de la prostitución,¹⁰ de manera que en las LT sólo suele designar a la dueña o jefa de un burdel. Por su parte, *maître* y *chef* se han difundido tanto como *madame*, pero, en este caso, sus significados están circunscritos al ámbito de las cocinas y de los restaurantes.¹¹ De modo que, en castellano, *maître* sólo significa “jefe de comedor en un restaurante”, mientras que *chef* sólo significa “jefe de cocina, en especial de un restaurante”. En cuanto a *madame*, el *DRAE* ha castellanizado su grafía como *madama* y para significar “prostituta” y “mujer que regenta un prostíbulo”. Y lo que se dice para el castellano se puede decir para el resto de las lenguas europeas que han tomado prestadas esas palabras francesas.

II.1.2. RESTRICCIÓN DEL SIGNIFICADO ORIGINAL Y AÑADIDO DE UN SIGNIFICADO NUEVO

El castellano ha tomado prestada la palabra *mitin* del inglés (*meeting*), pero con dos significados que el término no tiene en la LO. En primer lugar, el *mitin* castellano ha restringido el significado básico original del *meeting* inglés como “an assembly of people for purposes of worship” a sólo “reunión donde el público escucha los discursos de algún personaje de relevancia política y social” y “cada uno de estos discursos”. Y, a partir de aquí, el castellano ha desarrollado el significado de segundo orden de “provocar, hablando intempestivamente, situaciones difíciles en una reunión” para la colocación *dar el mitin*, quizás porque pensemos que los mítines políticos son necesariamente provocaciones y situaciones difíciles en una reunión.

II.1.3. MANTENIMIENTO Y AÑADIDO DE UN SIGNIFICADO NUEVO

Este caso se muestra paradigmáticamente si consideramos la evolución que ha seguido la palabra castellana *guerrilla* en la lengua inglesa. Efectivamente, el inglés ha tomado prestada la palabra castellana *guerrilla*, pero convirtiendo en polisémica una palabra que no lo era en la LO. El resultado de esto es que *guerrilla* significa en inglés lo mismo el grupo guerrillero (nuestra *guerrilla*) que el individuo que forma parte de un grupo guerrillero (nuestros *guerrillero/guerrillera*). Y el resultado de esto no ha sido sólo la creación de un falso

10 En inglés, donde existen las palabras *madam* [señora] y *madame*, se pronuncia la primera acentuándola en la primera sílaba, mientras que la segunda se acentúa en la segunda sílaba. Así se evitan equívocos embarazosos.

11 En polaco, no obstante, la palabra *szef* ha mantenido el significado general de ‘jefe’ (Szpila, 2003: 74).

amigo semántico parcial, sino también que en inglés se puedan dar ambigüedades y malentendidos que no se darían en ningún caso en castellano. Así, una aseveración como [5] *Peruvian army has annihilated two guerrillas* puede significar, dado un contexto especialmente opaco, lo mismo [5.1] *Peruvian army has annihilated two guerrilla individuals* que [5.2] *Peruvian army has annihilated two guerrilla groups*. Y las cosas se complican aún más en inglés desde el momento en que, dado lo endiablado de la fonética inglesa, *guerrilla* y *gorilla* [gorila] se pronuncian de igual modo, con lo que [5] podría significar también [5.3] *Peruvian army has annihilated two gorillas*.¹²

II.1.4. CREACIÓN DE NUEVOS SIGNIFICADOS

Éste sería el caso de muchas palabras inglesas sobre las que ironizaba P. Daninos en su conocida novela *Les carnets du major W. Marmaduke Thompson. Découverte de la France et des Français*, que han pasado a otras lenguas pero con un significado que los propios ingleses desconocen:

“Le Major fait allusion à des expressions telles que *footing* qui pour les Français veut dire *footing*, mais pour les Anglais rien du tout, ou *smoking* qui pour les Britanniques est ‘fumant’ et non pas *dinner-jacket*, sans parler de ces *English tea rooms* bien parisiens qui, comme cela peut se voir près de la Porte Maillot, affichent: *Five o’clock à quatre heures*. On peut également citer le cas de beaucoup de Français qui, ayant demandé à Londres qu’on leur indique les *water-closets*, s’étonnent d’être conduits alors à la cuisine, au fumoir ou dans le jardin d’hiver avant de découvrir le *lavatory*” (Daninos 1990: 124-125. Los subrayados son del original).

Y del mismo modo, por ejemplo, los alemanes utilizan el adjetivo inglés *soft*, en el término *soft Eis* [helado], pero para significar lo que los hablantes ingleses llaman *ice-cream*. Y, siendo el adjetivo *soft*, como es, una palabra tan inglesa, los alemanes se sorprenden de que los hablantes ingleses no comprendan el significado de *soft Eis* a pesar de que ellos se esfuerzan en decírselo en su “propia lengua”. Un caso análogo es el del adjetivo *light* calificando nombres de comida o bebida, por ejemplo, que no contienen azúcar

12 Esta posible confusión no es sólo un caso teórico. De hecho, mi colega Fiona MacArthur Purdon (Universidad de Extremadura), que es hablante nativa de inglés y que vivió sus años mozos en Irlanda, me ha confesado que durante mucho tiempo estuvo convencida de que los estadounidenses mataban “*gorillas*” durante la guerra de Vietnam.

o colesterol. Este adjetivo se ha extendido por las diversas lenguas europeas hasta el punto de que *Coca-Cola light* designa al mismo objeto en España, Italia, Alemania, Francia u Holanda, excepto, como no podía ser menos tratándose de un adjetivo tan anglosajón, en los países en los que el inglés es la lengua nativa, donde a ese objeto se le llama *diet Coke*. Del mismo modo el castellano ha tomado prestada del francés la palabra *michelín*, por el nombre del muñeco hecho de neumáticos y que sirve de logotipo a la marca de neumáticos *Michelin*. Ahora bien, *Michelin* es en francés un diminutivo del nombre propio *Michel*, aunque en castellano haya adquirido el significado de “pliegue de gordura que se forma en alguna parte del cuerpo”, cosa a que en francés se llama *poignée d'amour*. De modo que los españoles hemos visto “michelines” allí donde había ruedas de neumáticos, cosa que los propios franceses no han sido capaces de ver.

III. FALSOS AMIGOS Y FIGURAS DEL LENGUAJE

III.1. METÁFORA

La transferencia metafórica desde el dominio animal al dominio humano es quizás una de las más universalmente extendidas en todas las lenguas y en todas las culturas. Y ello no sólo con respecto a los animales domésticos o a los que viven en el ámbito geográfico en que se habla una determinada lengua, sino también con respecto a los animales salvajes o a los que viven en los ámbitos geográficos más alejados de aquéllos en los que se habla una lengua dada. El mecanismo más habitual para llevar a cabo una transferencia metafórica desde el dominio animal al dominio humano consiste en destacar una cualidad característica del animal en cuestión —que esa cualidad sea real en el animal o imaginada por nosotros es lo de menos— y utilizar el nombre del animal para designar a un ser humano en el que se da o creemos que se da esa característica. Así, del cerdo destacamos la cualidad de la suciedad y por ello llamamos “cerdos” a las personas que son o consideramos que son sucias, del zorro destacamos la característica de la astucia y llamamos “zorros” a las personas que son o consideramos que son astutas, y de la gallina destacamos la característica de la cobardía y llamamos “gallinas” a las personas que son o consideramos que son cobardes. El resultado de este proceso es que el nombre del animal lo utilizamos metafóricamente para designar a las personas que tienen —o creemos que tienen— determinadas características, convirtiéndose así el nombre del animal en el paradigma de la característica de que se trate.

Este mecanismo está tan extendido que me atrevería a calificarlo de “universal lingüístico” sin correr grave riesgo de caer en el error, pues no parece existir ninguna cultura humana en las que no se hagan transferencias metafó-

ricas desde el dominio animal al dominio humano.¹³ Es más, algunas de estas metáforas las tenemos tan asimiladas lingüística y culturalmente que incluso cuesta cierto esfuerzo tomar conciencia reflexiva de que son metáforas. Por ejemplo, estamos tan habituados a llamar “cerdo” a una persona sucia –sea la suciedad de la que hablemos física o moral– que nos sería difícil encontrar un sinónimo adecuado equivalente en un momento dado para calificar a una persona de sucia y seguir manteniendo las mismas connotaciones cognitivas o despectivas que conseguimos con el uso de la palabra *cerdo*. Una vez que una metáfora de este tipo ha tomado cuerpo en una cultura y en una lengua se convierte en una metáfora básica que permite usar otras palabras de las que significan literalmente en el ámbito porcino para hablar de y conceptualizar al ámbito humano. Así, si un hombre sucio es un cerdo, un grupo de hombres sucios podrá ser llamado *piara* y el lugar donde vive un hombre sucio podrá ser llamado *zahúrda*. Precisamente a esto es a lo que recurrió Horacio cuando se llamó a sí mismo “uno de los cerdos de la piara de Epicuro”.¹⁴ Algunas de estas metáforas –como es la del uso de *cerdo* en la cultura occidental–¹⁵ son compartidos por una cultura dada bien porque procedan de una fuente común bien porque una lengua o una cultura haya influido en otra o en otras, de modo que el significado literal de un término y sus significados metafóricos son equivalentes y su uso es inmediatamente comprendido por los hablantes de las dos lenguas en cuestión y un término puede ser traducido por el otro sin mayores complicaciones. Los problemas de interpretación que esta polisemia pueda crear no son distintos a los problemas que puede crear cualquier polisemia, de modo que el decidir si el término en cuestión está siendo usado literal o metafóricamente es una cuestión pragmática (Chamizo Domínguez, 1998: 32-44).

Ahora bien, cuando dos términos en dos o más lenguas dadas son cognados y todos ellos significan literalmente al animal de que se trate, pero, sin embargo, sus significados metafóricos varían de una lengua a otra, entonces los falsos amigos están servidos cuando usamos esos términos de acuerdo con sus significados translaticios. Siendo las cosas así, las trampas a la comprensión del significado metafórico de estos términos pueden ser especialmente

13 Para algunos ejemplos de zoosemia en distintas lenguas puede verse Martsa (2001); Kleparski (2002) y Chamizo Domínguez y Fuyin-Li (2004).

14 El contexto de la afirmación horaciana (Horacio, *Epístolas*, I, 4, 15-16) es: «me pinguem et nitidum bene curata cute vises, / cum ridere voles, Epicuri de grege porcum.»

15 Y lo que estoy diciendo para la zoosemia vale también para la plantosemia. Un ejemplo paradigmático de plantosemia extendido por las más diversas lenguas europeas es el uso metafórico de la palabra *higo* para designar el órgano sexual femenino, que es compartido, al menos, por el castellano, el gallego (*figa*), el portugués (*figa*), el francés (*figue*), el catalán (*figa*), el italiano (*figa*), el inglés (*fig*), y el holandés (*vijg*).

capciosas, máxime cuando a uno, fiado por la aparente obviedad de una determinada metáfora en su lengua nativa, le cuesta trabajo concebir que otra lengua haya hecho una transferencia metafórica distinta e incongruente con la que se ha hecho habitual en la propia lengua. Consideremos, pues, algunos casos reales de zoosemia cuyo resultado ha sido la creación de falsos amigos semánticos.

La palabra castellana *canguro* y la inglesa *kangaroo* tienen un origen común y designan literalmente al mismo objeto, un individuo de determinada especie dentro del grupo zoológico de los marsupiales. De entre las muchas características particulares de los canguros –la de dar grandes saltos, la de apoyarse en la cola y las dos patas traseras, etc.– nosotros hemos destacado la de guardar a sus crías en una especie de bolsa o marsupio. Y desde aquí hemos transferido esa característica destacada de los canguros al dominio humano para significar “persona, generalmente joven, que se encarga de atender a niños pequeños en ausencia corta de los padres”. El resultado de esto es que *canguro* se ha convertido en una palabra polisémica que designa literalmente a un animal y metafóricamente a una persona que ejerce el trabajo de cuidar niños ajenos (*babysitter*, en inglés). Por su parte, la palabra inglesa *kangaroo* aisladamente considerada no ha desarrollado ningún significado metafórico, aunque sí ha desarrollado un significado de segundo orden en la colocación *kangaroo court* [tribunal ilegal]. Ahora bien, puesto que el significado de segundo orden de *kangaroo* sólo funciona en esta colocación, es difícil imaginar ningún contexto en inglés en el que los significados literal y translaticio de la palabra *kangaroo* puedan ser confundidos. Por el contrario, es fácil imaginar contextos en castellano en los que no quede claro si estamos usando la palabra *canguro* de acuerdo con su significado de primer orden o de acuerdo con su significado de segundo orden, lo cual puede ser empleado por los hablantes para conseguir determinados ambigüedades y efectos literarios, cognitivos o humorísticos de forma consciente o de forma inconsciente. Así, una aseveración como [6] *Ya he conseguido canguro para la cena*, puede significar lo mismo que el hablante quiere decir que va a cenar canguro esa noche o que ha conseguido a una persona que cuide a sus hijos mientras sale a cenar. Y esta ambigüedad del castellano puede dar lugar a una interpretación inadecuada por parte de alguien que se proponga traducir [6] a otra lengua cualquiera en la que *canguro* sea un falso amigo parcial en relación con el significado de segundo orden de la palabra castellana.

Esto es precisamente lo que ha acontecido con la palabra *camello*, palabra que ha desarrollado los más diversos significados de segundo orden en varias lenguas europeas. El castellano *camello*, el catalán *camell/camell*, el alemán *Kamel*, el francés *chameau*, el italiano *cammello*, el portugués *camelo* y el sueco *kamel* designan literalmente todas ellas al mismo animal y, por ello, todas ellas son intercambiables entre sí cuando se usan literal-

mente. Pero todas ellas, también, han desarrollado significados de segundo orden que las han convertido en falsos amigos semánticos parciales entre sí y con respecto al inglés *camel*, que no ha desarrollado ningún significado de segundo orden. Es más, si analizamos detenidamente todos estos significados de segundo orden, difícilmente podremos encontrar ningún fundamento *in re* o ninguna analogía que permita explicarlos porque, *prima facie*, nos parezca obvia.¹⁶

El castellano *camello* y el catalán *camel/camell* han desarrollado el significado de segundo orden, ya lexicalizado, de “persona que vende drogas tóxicas al por menor”, de modo que no es infrecuente que nos encontremos en la prensa con titulares que nos informan de que varios “camellos” han sido detenidos por la policía en una redada.¹⁷ Por su parte, cuando la palabra alemana *Kamel* se usa para designar a un ser humano –y especialmente en exclamaciones como *Ich Kamel!* o *Du Kamel!* [¡Qué tonto/tonta soy! o ¡Qué tonto/tonta eres!, respectivamente]– ha pasado a significar ‘tonto’ o ‘estúpido’, ‘bruto’ o ‘animal’, probablemente porque los camellos sean el paradigma de la estupidez para la *Weltanschauung* germánica. En italiano, por su parte, el *cammello* se ha convertido en el paradigma de la fealdad, con lo que esa palabra ha adquirido el significado de segundo orden de ‘feo’ u ‘horroroso’. El francés, por su parte, ha convertido al camello en el paradigma de varios tipos de defectos, con lo que la palabra *chameau* ha adquirido los significados de *mala bestia* o *mal bicho*, amén del significado de *puta*, en exclamaciones y en los contextos adecuados, como *Quel chameau!*¹⁸ El portugués ha convertido al camello en el paradigma

16 La información básica de todos estos casos –excepto para el catalán, que es de mi propia cosecha– la he tomado de Burgen (1996:196). He verificado esta información en todos los casos citados, excepto para el sueco. He procurado verificar esta información sobre el sueco en varios diccionarios y no he conseguido confirmarla. También he preguntado a varios hablantes nativos de la lengua sueca y sus respuestas han sido igualmente negativas. Así que, o bien Burgen ha sido objeto de un error o yo no he sabido buscar en los sitios apropiados. En resumen, que no sabría decir si los suecos se han hecho el sueco o si a Burgen lo han engañado como a un chino y, por ello, ha hecho el indio. Y, para los que piensen que este tipo de alusiones no deberían figurar en un trabajo como éste, añadiré, que, con ellas, no sólo pretendo conseguir una cierta sonrisa del lector, sino que también pretendo ser informativo en la medida en que mis aseveraciones también son “cognitivas”.

17 El término catalán, además de este significado de segundo orden de «en l’argot de la droga, persona que comercieja amb droga a la menuda» (AA.VV., 1999), que coincide con el del término castellano, parece que tiene también el significado de «Noi o noia que té les comes llargues» (Alcover y Moll, 1930) en ciertos dialectos.

18 La polisemia de *chameau* para designar personas, y sin contar los significados para designar objetos, parece ser mucho más compleja. Así, *chameau* significaría translaticiamente, según los contextos, *personne acariâtre* (Caradec, 1989), *contrebandier* (Colin, Mével y Leclère, 1994), y *personne méchante, garce* (Rey-Debove).

de la falta de hombría, con lo que la palabra *camelo*¹⁹ ha adquirido el significado metafórico de segundo orden de *calzonazos*. Y, finalmente, el sueco *kamel* ha desarrollado el significado de segundo orden de *camarero*. El resultado de todos estos cambios metafóricos ha sido, obviamente, que los significados de segundo orden de los cognados de *camello* en todas estas lenguas no sólo designan objetos distintos, sino que, además, tienen un marcado cariz despectivo o peyorativo, mientras que el significado de segundo orden del castellano *camello* y del sueco *kamel*, aunque diferentes, no tienen necesariamente el cariz peyorativo o despectivo de las otras lenguas.

Y lo mismo que acontece con la metáfora acontece también con la metonimia, la sinécdoque, la ironía, el eufemismo, el disfemismo, etc., que no son, en última instancia, más que clases particulares de metáforas acuñadas para conseguir determinados efectos cognitivos o retóricos.

III.2. METONIMIA

La metonimia no es más que aquel tipo de metáfora según la cual seleccionamos una parte del objeto significado literalmente por un término dado para nombrar al objeto entero, o al revés.²⁰ Así, cuando usamos la palabra *gobierno* para referirnos a un ministro en particular, estamos llevando a cabo una transferencia metonímica. Y, al igual que hemos visto en la sección anterior, cuando las transferencias metonímicas en dos lenguas dadas se hacen de modo diverso, sus resultados son falsos amigos semánticos, aunque los significados de primer orden de esos términos sigan designando al mismo objeto en las lenguas de que se trate.

Un caso paradigmático de metonimia, que esta vez procede de una lengua que no es indoeuropea, es el que se produjo en la palabra árabe *zahr*,²¹ que significaba literalmente ‘flor de árbol’ y, mediante una metonimia, pasó a adquirir el significado de segundo orden de ‘dado’, por la flor que se pintaba en una de las caras de los dados. Desde ese significado de segundo orden el término *zahr* pasó a significar ‘cara desfavorable del dado’, ‘cierto juego que se jugaba con los dados’, ‘lance desfavorable en el juego de dados’ y, finalmente, ‘desgracia imprevista’ o ‘riesgo imprevisto’; todo ello mediante una compleja

19 La palabra portuguesa *camelo* es, además, un falso amigo por casualidad con respecto a la palabra castellana *camelo*.

20 La personificación no sería en este sentido más que una variante de la metonimia/sinécdoque.

21 De esta palabra árabe deriva también *azahar*, aunque en este caso por medio de una antonomasia.

cadena de metonimias.²² A partir de aquí es como el término *azar* entró como término técnico en el lenguaje de la filosofía y de la física en muchas lenguas (francés *hasard*, inglés *hazard* o alemán *Hazard*) para expresar el concepto de casualidad o falta de causalidad o, como lo define el *DRAE*, “casualidad, caso fortuito”. Este significado filosófico y científico es compartido por todas las lenguas citadas, de modo que, en contextos filosóficos o científicos, el término *azar* y sus cognados en las otras lenguas europeas son exactamente equivalentes. Ahora bien, el sustantivo inglés *hazard* –que también funciona como verbo–, además del significado compartido con las otras lenguas de ‘casualidad’ o ‘accidente’, ha desarrollado el significado metonímico de ‘peligro’ o ‘riesgo’. Y este significado no se corresponde con, por ejemplo, el del castellano *azar*, pues un *azar* no tiene que ser necesariamente un peligro. Incluso, si se me apura, cuando buscamos un peligro lo hacemos precisamente porque es previsible y no azaroso. Del mismo modo, el adjetivo castellano *azaroso* no implica necesariamente el significado de ‘peligroso’, mientras que el adjetivo inglés *hazardous* es lo mismo sinónimo de *uncertain* o *unpredictable* que de *dangerous*, *risky*, *perilous*, *unsafe* o *insecure*. Como resultado de ello, caeríamos en la trampa de un falso amigo si, por ejemplo, tradujésemos la aseveración inglesa [7] *London is a hazardous place* por [7.1] *Londres es un lugar azaroso*.

Otro caso paradigmático de falsos amigos como resultante de una transferencia metonímica es al que se ha llegado con la palabra francesa *bagne* [prisión, mazmorra] y la castellana *baño*, las cuales han terminado siendo falsos amigos totales desde el punto de vista sincrónico aunque no lo fuesen en el pasado. Efectivamente, *bagne* y *baño* derivan ambos de la palabra latina *balneum*, que significaba literalmente *baño*. Ahora bien, el castellano ha seguido manteniendo el significado literal del término latino aunque le haya añadido ciertos significados eufemísticos. Pero el castellano desarrolló también en los siglos XVI y XVII el significado de ‘prisión’ para *baño* por medio de una metonimia y en razón del hecho de que los turcos solían usar los baños de Constantinopla para encarcelar a sus prisioneros. Y este significado de ‘prisión’ o ‘mazmorra’ es el que tiene la palabra *baño* en el título de la conocida obra de Miguel de Cervantes, *Los baños de Argél*, aunque en la actualidad sea desconocido por la mayoría de los hablantes, incluidos muchos universitarios. Con este significado metonímico de segundo orden la palabra castellana *baño* pasó al francés como *bagne* (Cantera Ortiz de Urbina, Ramón Trives y Heras Díez, 1998: 37), siendo entendido por los hablantes franceses como significado de primer orden el que, en realidad, era un significado metonímico de segundo orden en la palabra castellana. Una vez aclimatado el término *bagne* al francés y entrado a formar parte del sistema

22 Sobre cadenas metonímicas, ver Nerlich y Clarke (2001).

de la lengua francesa con el significado de ‘prisión’ o ‘mazmorra’, la palabra en cuestión ha desarrollado en francés toda una cadena de metonimias de segundo orden sumamente interesantes. Así, a partir del significado de primer orden que los franceses adjudicaron a la palabra *bagne*, se han desarrollado los siguientes significados: 1, ‘trabajos forzados’, por medio de una metonimia; 2, ‘trabajo’ o ‘lugar donde se trabaja’, por medio de una segunda metonimia con cierto sabor eufemístico y/o humorístico; y 3, ‘castigo’, ‘infierno’ o ‘cruz’, por medio de una tercera metonimia, especialmente en exclamaciones tales como *Quel bagne!* [¡Qué cruz! ¡Qué castigo!]. Y, como resultado de todas estas cadenas metonímicas divergentes, *bagne* y *baño* han terminado por convertirse en falsos amigos que pueden inducir al error al más perspicaz, especialmente cuando el contexto no permita detectar que tales palabras no son equivalentes en cuanto a su significado. Y, para complicar más las cosas, el inglés ha tomado prestada la palabra *bagnio* del italiano *bagno* [baño] para significar eufemísticamente ‘burdel’ o ‘sitio de encuentro de homosexuales’²³ (Chamizo Domínguez y Sánchez Benedito, 2000: 144), término que fue ampliamente usado desde el siglo XVII al XIX y que sigue teniendo cierta presencia en la actualidad.

III.3. EUFEMISMO Y DISFEMISMO

El eufemismo es aquel tipo de transferencia metafórica según la cual sustituimos una palabra obscena, tabú o políticamente incorrecta por otra que tiene connotaciones neutras o favorables, bien para el hablante, bien para el oyente, o bien para ambos. Como las metáforas, los eufemismos nos permiten conceptualizar sistemáticamente la realidad, pero, además de ello, los eufemismos cumplen con multitud de funciones sociales que las otras clases de metáforas no cumplen (Chamizo Domínguez, 2004). Cuando una palabra se usa frecuentemente como un eufemismo en una lengua natural el significado eufemístico tiende a lexicalizarse y, como resultado de este proceso de lexicalización, la palabra en cuestión puede convertirse en un falso amigo con respecto a su cognado que en otra lengua no haya sufrido ese cambio semántico o que haya llevado a cabo otro tipo de transferencia de significado distinta. Consideremos los casos de los sustantivos castellanos *individuo* y *sujeto* y del adjetivo *regular* con respecto a sus cognados franceses e ingleses.

Individuo fue un calco acuñado por Cicerón para traducir al latín la palabra griega *átomo*. De modo que, en latín, lo mismo que acontecía con el griego

23 También en este caso se puede detectar otra metonimia al transferir el significado de ‘baño’ al de ‘sitio de encuentro de homosexuales’ por el hecho de que los homosexuales se dicesen cita en las casas de baño.

átomo, la palabra *individuus* se aplicó en primer lugar al ámbito de lo material y para designar lo que la filosofía de Demócrito concebía como la partícula más pequeña de materia que ya no es posible seguir dividiendo ulteriormente en partes más pequeñas. Posteriormente, y probablemente por influencia de la definición de persona como “sustancia individual de naturaleza racional”, la palabra *individuo* dejó de ser aplicada al ámbito de lo físico y comenzó a aplicarse al ámbito de lo humano hasta convertirse en sinónimo de *persona* o *sujeto*. Y éste es también el significado de primer orden del inglés *individual*,²⁴ lo mismo en el lenguaje ordinario que en el lenguaje filosófico. Ahora bien, el castellano ha desarrollado un significado eufemístico de segundo orden para *individuo* que hace que esa palabra signifique también ‘persona de dudosa moralidad’ o ‘persona de mala catadura’ en casos como [8] *¡Menudo individuo estás hecho!*.²⁵ Y, como quiera que el inglés no ha desarrollado este significado eufemístico de segundo orden los sustantivos *individuo* e *individual* se han convertido en falsos amigos semánticos parciales.

Un caso algo más complejo es el que ha llevado a que el adjetivo castellano *regular*, el inglés *regular* y el francés *régulier/régulière* hayan terminado siendo falsos amigos semánticos en algunos contextos. Los tres términos derivan del latín *regularis*, que significaba literalmente primero ‘de acuerdo con la vara de medir’ y, posteriormente y mediante una metonimia, ‘de acuerdo con la regla moral, norma o ley’.²⁶ Ahora bien, *regular* se ha convertido en un adjetivo sumamente polisémico y muchos de sus significados con compartidos por las tres lenguas que estoy considerando. Así, en primer lugar *regular* significa también ‘exacto’ (Vg.: un reloj regular como opuesto a un reloj que adelanta o atrasa), en segundo lugar *regular* significa también ‘normal’ (Vg.: un ejército regular como opuesto a un ejército guerrillero) y, en tercer lugar, *regular* significa también ‘periódico/periódica’ (Vg.: un vuelo regular como opuesto a un vuelo chárter u ocasional). Hasta aquí el camino que ha seguido ese adjetivo en las tres lenguas que estoy considerando ha sido básicamente el mismo. Pero, llegado a este punto de su peripecia histórica, los caminos que ha seguido el adjetivo en cuestión en castellano y francés lo han convertido en un falso amigo semántico parcial en esas dos lenguas y con respecto al inglés. En castellano *regular* ha desarrollado un significado eufemístico como “medianamente, no demasiado bien” y “de tamaño o condición media o inferior a ella”, que lo hace sinónimo de ‘malo’ o ‘grave’ en muchos contextos.

24 El inglés *individual* funciona lo mismo como adjetivo que como sustantivo.

25 El femenino *individua* ha adquirido el significado peyorativo de «mujer despreciable».

26 Este significado de segundo orden de la palabra latina es el que sigue manteniendo el castellano ‘regular’ en casos como “clero regular”, que es «el que se liga con los tres votos de pobreza, obediencia y castidad» y que se opone al “clero secular”, que es «el que no hace dichos votos».

A resultas de esto, si *regular* califica nombres como ‘comida’, ‘gasolina’ o ‘salud’, la implicatura normal que hacen los hablantes castellanos será que esos objetos son malos o, al menos, no todo lo buenos como uno desearía que lo fuesen o sería de esperar que lo fuesen. Si un amigo nos aconseja [9] *No vayas a ese restaurante, su comida es regular*, la implicatura que haremos es que *regular* significa ‘malo’ o ‘poco recomendable’ en [9]. Del mismo modo, si, tras un reconocimiento, nuestro médico nos informa de que nuestra salud es “regular”, no tendremos la menor duda de que nos está diciendo que nuestra salud es francamente mala y que deberíamos abandonar todos esos pequeños placeres de la vida que a los médicos les gusta tanto prohibir. Por su parte, el inglés, –especialmente el inglés estadounidense– usa muy frecuentemente el adjetivo *regular* y sus derivados como sinónimo de ‘normal’ y en contextos en que nosotros no lo usaríamos porque la implicatura habitual para nosotros en esos contextos sería un eufemismo de ‘francamente malo’. Precisamente por ello a los hablantes castellanos nos resulta sumamente chocante encontrar en las gasolineras estadounidenses una *regular gasoline* hasta que no caemos en la cuenta que a esa gasolina “regular” es a la que los británicos llaman *standard petrol*. La trampa a la que puede llevar a un hablante castellano el adjetivo inglés *regular* o el adverbio *regularly* no es sólo una cuestión que permita chistes más o menos fáciles. De hecho, no hace muchos años algún genio de la pedagogía –de los que suelen asesorar a los ministros de educación y que están empeñados en enseñarnos cómo debemos enseñar nuestras disciplinas respectivas a los que no somos pedagogos– leyó en un boletín de notas escolares estadounidense que a los padres se les informaba del progreso escolar de sus hijos con [10] *She progresses regularly* y, alucinado por esta modernidad, se le ocurrió que los boletines de notas españoles deberían decir [10.1] *Progresan regularmente* en lugar de [10.2] *Progresan adecuadamente*. El resultado de esto fue que los padres de los educandos encontraron una contradicción en el hecho de que sus hijos hubiesen conseguido buenas notas o, al menos, aceptables y, a continuación su progreso escolar fuese calificado sólo como “regular”.

El hecho de que el adjetivo castellano *regular* haya lexicalizado su significado eufemístico particular a la vez que haya mantenido los otros significados permite que los hablantes puedan conseguir determinados efectos cognitivos jugando con la polisemia del adjetivo, efectos que no se pueden conseguir en otras lenguas en las que *regular* no haya lexicalizado su significado eufemístico. Por ejemplo, en la sentencia [11] *Los vuelos regulares de esa compañía aérea son sólo regulares*, el hablante castellano capta inmediatamente los dos significados del adjetivo *regular* y entiende que, con [11], se le está comunicando algo así como [11.1] *Los vuelos regulares de esa compañía aérea son poco recomendables (o francamente desaconsejables)*. Por el contrario, dado

que ni el inglés ni el francés han desarrollado el significado eufemístico que ha desarrollado el castellano, la traducción literal de [11.1] sería entendida con una contradicción en esas lenguas.

Por su parte, el adjetivo francés *régulier/régulière*,²⁷ además de los significados compatibles con el castellano y el inglés, ha desarrollado de su propia cosecha el significado de ‘leal’ o ‘fiel’. Como resultado de esto una aseveración francesa como [12] *Jean est un ami régulier* tendría implicaturas muy distintas si se traduce al inglés como [12.1] *Jean is a regular friend*²⁸ o al castellano como [12.2] *Jean es un amigo regular*, pues, en el caso de [12.2], el hablante inglés entendería normalmente [12.3] *Jean es un amigo habitual* y, en el caso de [12.1], el hablante castellano entendería con toda seguridad [12.4] *Jean es un mal amigo*.

Algo análogo ha acontecido con el caso del sustantivo castellano *sujeto*, el francés *sujet* y el inglés *subject*. Los tres sustantivos comparten el mismo significado en contextos científicos (Vg.: el sujeto experimental), filosóficos (Vg.: el sujeto agente y el sujeto paciente) o gramaticales (Vg.: el sujeto de una oración).²⁹ Pero el castellano y el francés han desarrollado un significado eufemístico como “persona despreciable, gente de poca monta” que hace que *sujeto* y *sujet*, respectivamente, signifiquen ‘fulano’ o ‘individuo de mala calaña’, especialmente en contextos jurídicos y policiales, a la vez que el inglés *subject* y el francés *sujet* han desarrollado el significado axiológicamente neutro de ‘súbdito’, de manera que [13] *Un sujet de la République Française* o [14] *A subject of His/Her Gracious Majesty* también funcionen como falsos amigos semánticos.

27 *Régulier/régulière* funcionan también como sustantivo. El masculino *régulier* significa, *mutatis mutandis*, lo mismo que el sustantivo castellano *regular*, esto es, designa un tipo de soldado perteneciente al ejército colonial en el norte de África. El femenino *régulière* se usa para designar a la esposa legítima, con un regusto parecido al que tienen el castellano *la parienta* o *la media naranja* (Colin, Mével y Leclère, 1994).

28 En inglés estadounidense un caso análogo como *Jean is a regular guy* significaría *Jean es un tipo majo*. Y ello porque *regular* ha desarrollado significados algo diferentes en inglés británico y en inglés estadounidense. El adjetivo en cuestión significa en inglés británico principalmente ‘periódico/periódica’, mientras que, como ya hemos visto, en inglés estadounidense significa ‘normal’. Esto puede llevar a los propios hablantes ingleses de una y otra orilla del Atlántico a interesantes ambigüedades. Así, una aseveración como *He is going out for his regular beer* podría significar lo mismo *He is going out for his habitual beer* que *He is going out for his beer of a standard measure*.

29 En la jerga gramatical y lingüística francesa se usa el término *le sujet parlant* que, en los libros de lingüística redactados originalmente en francés, se solía traducir al castellano como “el sujeto hablante” en lugar del término más habitual en la actualidad de ‘hablante’. Y puedo dar fe de que más de un alumno mío ha malentendido esto al haberlo interpretado como “el fulano hablante”.

Cuando el significado translaticio de un término lo convierte en vitando porque se convierta en una palabra obscena, tabú, malsonante o políticamente incorrecta para el hablante o para la audiencia, o para ambos, recibe el nombre de disfemismo. Y también los significados disfemísticos son causa de falsos amigos semánticos, de manera que, cuando un término adquiere un significado disfemístico en una lengua y su cognado de otra lengua distinta no adquiere ese significado disfemístico, también nos topamos con falsos amigos semánticos. Así, la palabra latina *latrina* (derivada del verbo *lavare*) fue acuñada en su momento como un eufemismo para sustituir a la palabra vitanda *cloaca*³⁰ de acuerdo con un mecanismo similar al que hace que en castellano llamemos *lavabo* o *cuarto de baño* al retrete. Ahora bien, debido a que su uso quedó circunscrito a ambientes cuarteros, los descendientes modernos de *latrina* (castellano *letrina*, francés *latrine*, inglés *latrine* o alemán *Latrine*) tienen todos ellos un marcado sabor disfemístico. En función de este marcado sabor disfemístico, no usaríamos en la actualidad ni *letrina* ni sus cognados en las lenguas modernas para designar al cuarto de baño de la propia casa ni, muchos menos, para referirnos a los cuartos de baño del Palacio de Oriente, salvo que queramos conseguir determinados efectos contextuales de manera que el uso de *letrina* en lugar de ‘cuarto de baño’ o cualquiera de sus sustitutos eufemísticos tenga la implicatura de suciedad o de baja condición.

De modo similar, las palabras castellanas *macho* y *hembra* se han cargado de tales connotaciones disfemísticas como para que su uso se convierta en inconveniente si se aplican esos términos a las personas, salvo que nos encontremos en un contexto biológico. Por el contrario, sus cognados ingleses *male* y *female*, respectivamente, han mantenido unas connotaciones tan axiológicamente neutras como para que su uso referido a personas sea estrictamente referencial.³¹ Hasta tal punto la palabra *hembra*, por ejemplo, se ha cargado de connotaciones sexistas y disfemísticas que, si nos referimos a una mujer como *hembra*, la implicatura tendrá siempre un carácter marcadamente sexual o peyorativo. Justamente por ello nuestros próceres patrios –siempre tan bien intencionados– sustituyeron hace tiempo la palabra *hembra* por la palabra *mujer*

30 Sorprendentemente, *cloaca* ha adquirido en las lenguas modernas un significado en zoología y biología como «porción final, ensanchada y dilatada, del intestino de las aves y otros animales, en la cual desembocan los conductos genitales y urinarios» que la han vuelto a convertir no sólo en una palabra axiológicamente neutra, sino incluso “técnica”, aunque en el lenguaje ordinario siga teniendo connotaciones peyorativas que la hacen significar «lugar sucio, inmundo».

31 Precisamente debido a que *male* tiene un uso estrictamente referencial y en ningún caso peyorativo o disfemístico, el inglés ha tenido que tomar prestada la palabra castellana *macho* para significar «ostentatiously manly or virile» (*OED*).

en los casilleros del carné de identidad en los que el ciudadano debe indicar el sexo al que pertenece.

III.4. IRONÍA

Cuando una ironía, o mecanismo lingüístico por el cual usamos una palabra para designar justamente lo contrario de su significado literal, se lexicaliza acontece con ella como con el resto de las figuras del lenguaje que hemos considerado hasta ahora, que termina siendo un falso amigo semántico en relación con un cognado de otra lengua en la que esa palabra no se haya usado irónicamente o en la que un uso irónico accidental no se haya lexicalizado.

Así el término *bárbaro* fue acuñado en griego para designar a los extranjeros que no hablaban o, mejor, que chapurreaban el griego. Pero muy pronto, y mediante una metonimia, el término adquirió un carácter peyorativo para designar a cualquier persona especialmente bruta o poco instruida, fuese ya literalmente “bárbaro” o helénico. Y con este significado de segundo orden es con el que, vía latín, *bárbaro* pasó a las lenguas modernas con los significados, ahora ya también de primer orden, de “fiero, cruel” e “inculto, grosero, tosco”.³² A partir de aquí el castellano usó el término *bárbaro* irónicamente para significar ‘excelente’ o ‘genial’ y, una vez lexicalizado este significado irónico, el término castellano se ha convertido en un falso amigo semántico parcial con respecto al inglés *barbaric/barbarous/barbarian*, que sigue teniendo un marcado sabor peyorativo y sólo es sinónimo de *uncivilised, primitive, savage, ignorant, rough* o *rude*. Y lo mismo que pasa con el adjetivo pasa también con el sustantivo *barbaridad*, que, además de su significado peyorativo de “dicho o hecho temerario”, tiene también los significados de “exceso, demasía”, “acción o acto exagerado o excesivo” y “cantidad grande o excesiva”. Y, como quiera que el inglés *barbarity* sólo tiene como sinónimos *cruelty, brutality, inhumanity, atrocity, vulgarity, crudity* o *rudeness*, también los sustantivos se han convertido en falsos amigos semánticos parciales.

Y un caso análogo de ironía es el que ha dado lugar al doble significado de la palabra francesa *personne*. *Personne*, como su cognado castellano *persona*, deriva del latín *persona*, que, a su vez, deriva de un término etrusco que significa ‘máscara del teatro’ o ‘careta’. Ya en el propio latín el término *persona* se

32 En el significado que el *DRAE* da como primero para *bárbaro*, como «se dice del individuo de cualquiera de los pueblos que desde el siglo V invadieron el Imperio romano y se fueron extendiendo por la mayor parte de Europa», coincide precisamente el significado axiológicamente neutro de ‘extranjero’ y los significados peyorativos de ‘fiero’, ‘cruel’, ‘inculto’ o ‘tosco’.

convirtió en sumamente polisémico y adquirió gran cantidad de significados legales (Vg.: persona jurídica), gramaticales (Vg.: las personas del verbo), teológicos (Vg.: las tres personas de la Santísima Trinidad) y filosóficos (“supuesto inteligente”), que han pasado, *mutatis mutandis*, a las diversas lenguas modernas. De entre todos estos significados, el más común en el lenguaje ordinario es el de “individuo de la especie humana”, que procede de su uso filosófico y teológico y que, en última instancia, es el que recoge la definición clásica de Boecio como “sustancia individual de naturaleza racional”. Una persona sería, pues, un “alguien” caracterizado por su individualidad y por su racionalidad. A partir de este significado de *persona* en el lenguaje ordinario, el francés desarrolló un uso irónico de *personne* para significar justamente lo contrario, esto es, ‘nadie’. Y, una vez lexicalizada esta ironía, *personne* se convirtió en un falso amigo semántico parcial con respecto al castellano *persona*, al inglés *person*³³ o al alemán *Person*,³⁴ que no han desarrollado este significado irónico de segundo orden.

III.5. UNIDADES FRASEOLÓGICAS

Como hemos visto en la sección anterior, muchas palabras funcionan como falsos amigos en relación al contexto en que aparecen, de modo que la traducción de esas palabras a otras lenguas en las que sean falsos amigos parciales necesitará de una particular estrategia interpretativa y pragmática por parte del traductor, oyente o lector, aunque no siempre una estrategia pragmática pueda proporcionar la certeza absoluta sobre la interpretación que se ha hecho. Ahora bien, cuando una palabra entra a formar parte de una determinada unidad fraseológica (modismo, colocación, refrán, aforismo, etc.), el significado translaticio que esa palabra tenga la puede convertir en un falso amigo con respecto a un cognado suyo en otra lengua en la que no exista la unidad fraseológica equivalente, aunque los significados literales de las palabras en cuestión no las hagan falsos amigos en absoluto de acuerdo con los significados que a esas palabras dan los diccionarios. Éste sería, por ejemplo, el caso de la colocación inglesa *kangaroo court* que hemos visto anteriormente.

La mayoría de las unidades fraseológicas tienen, además, la característica de poder ser entendidas de acuerdo con el significado literal de las palabras que las componen y de acuerdo con una interpretación figurada, de modo que las

33 El inglés *person* desarrolló un significado particular en el ámbito eclesiástico que lo hace significar también ‘párroco’

34 El término alemán *Person* deriva directamente del significado de primer orden del término francés como prueba el que se acentúe en la segunda sílaba.

implicaturas de una y de otra de las, al menos, dos posibles interpretaciones serán muy distintas en cada caso. Precisamente en el hecho de que la mayoría de las unidades fraseológicas son susceptible de interpretación de acuerdo con el significado literal de las palabras que las componen y de acuerdo con un (o más de uno) significado translaticio es en lo que tienen su fundamento ciertos usos cognitivos de ellas, especialmente cuando el oyente no quiere o no puede ser cooperativo e interpreta la unidad fraseológica de acuerdo con el significado literal de las palabras que la componen en lugar de hacerlo de acuerdo con su significado translaticio. Justamente en esta polisemia consustancial a las unidades fraseológicas y a sus usos ocasionales³⁵ es donde radica una de las cruces en la confección de diccionarios y de programas de traducción automática.

El concepto de “rumores infundados” está presente en cualquier lengua porque la realidad de los rumores infundados es quizás tan vieja como los propios hablantes humanos. Pero la realidad de los rumores infundados se ha conceptualizado de forma muy diferente en las diversas lenguas usando para ello metáforas diversas. Un caso de esta metáfora es la de la colocación francesa *téléphone arabe* para significar ‘rumor infundado’ (Caradec, 1989). Ahora bien, ni *téléphone* ni *arabe* son falsos amigos con respecto a sus cognados en castellano, alemán o inglés. E incluso una aseveración francesa como [15] *Il y a beaucoup de téléphones arabes à Paris* podría entenderse como [15.1] *Hay muchos teléfonos hechos en un país árabe en París* o como [15.2] *Hay muchos rumores infundados en París*. En [15.1] *téléphone arabe* ha sido entendido de acuerdo con su significado literal y, obviamente, no es un falso amigo con respecto a *teléfono árabe*, *arabisches Telefon* o *Arabic telephone*. En [15.2], en cambio, *téléphone arabe* ha sido entendido como una colocación particular, que tiene un significado metafórico y que ha sido usada de acuerdo con ese significado metafórico, lo que hace que, mientras que [15.1] puede traducirse literalmente a cualquiera de las otras tres lenguas a las que estoy aludiendo, [15.2] no pueda traducirse o, mejor dicho, su traducción literal sería un sinsentido en cualquiera de las tres lenguas porque esas tres lenguas han conceptualizado metafóricamente la noción de rumor infundado de otras maneras. Efectivamente, el inglés ha conceptualizado metafóricamente la noción de rumor infundado mediante *bush telegraph*, una metáfora del dominio de las telecomunicaciones, de modo que, de nuevo, tenemos que aunque *telegraph* no es un falso amigo con respecto a sus cognados *telégrafo*, *Telegrafo* o *télégraphe*, sí lo es cuando va acompañado de *bush* y forma esta particular colocación.

Y mientras que el francés y el inglés han acuñado sus colocaciones para hablar de los rumores infundados recurriendo al ámbito de las telecomunica-

35 Sobre unidades fraseológicas y sus usos ocasionales, ver Naciscione (2001).

ciones, el castellano y el alemán han recurrido al dominio cuartelero en busca de metáforas que le permitan conceptualizar la noción de rumor infundado. Así el alemán ha lexicalizado *Latrinengerüchte* [rumores de letrinas] y *Latrinensparolen* [dichos de letrinas] para referirse y conceptualizar la noción de rumores infundados. Y, de nuevo, así como *Latrine* no es un falso amigo con respecto a sus cognados castellano, francés e inglés cuando se usa aisladamente o en otras colocaciones, se convierte en un falso amigo en estas colocaciones. Y lo mismo que el alemán ha recurrido al dominio cuartelero para buscar metáforas con las que referirse al fenómeno de los falsos rumores, el castellano ha acuñado también *radio macuto*, que el *DRAE* define como “emisora inexistente de donde parten los rumores y los bulos” y que evoca por una parte el ámbito de las telecomunicaciones, como las colocaciones francesa e inglesa, y, por otra parte, el ámbito cuartelero, como en el caso alemán. Y, de nuevo, aunque *radio* no es un falso amigo con respecto a sus cognados en las otras lenguas, se convierte en uno de ellos cuando aparece junto a *macuto*. Todo lo cual mostraría cómo el entorno contextual y co-textual puede convertir en falsos amigos a palabras que no lo son en absoluto.

El caso anterior que he considerado es un caso teórico, pero antes he aludido a los problemas en la confección de diccionarios y programas de traducción automática y voy a ilustrar esta cuestión recurriendo a un ejemplo real. Hace un tiempo, cierto director de departamento de cierta universidad española “de cuyo nombre no quiero acordarme”³⁶ necesitó traducir al inglés el resumen de un artículo suyo en el que aparecía la colocación *el sujeto antropológico* y, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, pidió a uno de esos traductores automáticos que le tradujese el resumen del castellano al inglés. El resultado fue que, entre otras perlas no menos interesantes, la máquina tradujo la colocación castellana como *the anthropological fellow* [el fulano antropológico]. Ahora bien, lo relevante de este ejemplo no es, obviamente, criticar los programas de traducción automática, sino explicarnos mediante qué mecanismos el sujeto antropológico se ha convertido en el “fulano antropológico”. Y la razón última para ello radica en el hecho de que *sujeto* y *subject* sean falsos amigos parciales y en que, quien haya hecho ese programa de traducción automática, no ha podido o no ha sabido distinguir entre las diferentes colocaciones en las

36 Éste es un caso paradigmático de unidad fraseológica en la cual se ha cambiado totalmente el significado del texto cervantino. Como es sabido, la frase del principio de *El Quijote* a la que he aludido era una alusión que hace Cervantes a los libros de caballería, que solían iniciarse con esa frase para significar ‘en un lugar cualquiera/imaginario’. Ahora bien, como ya no leemos libros de caballería, pero sí nos suena esa frase cervantina, aunque tampoco leamos demasiado *El Quijote*, hacemos un uso ocasional de la cita cervantina aunque ahora lo mismo el hablante que el oyente suelen entender ‘cuyo nombre no deseo recordar’.

que puede aparecer la palabra *sujeto* y sus equivalentes ingleses. Es más, *sujeto* puede ser sustituido por *subject* en la mayoría de las colocaciones posibles (filosóficas, teológicas, gramaticales, jurídicas, etc.), excepto, precisamente, en la que lo hace significar “persona innominada. Úsase frecuentemente cuando no se quiere declarar de quién se habla, o cuando se ignora su nombre”, que es precisamente la que el autor del programa en cuestión ha escogido. Pero quien haya hecho ese programa de traducción no ha escogido, en mi opinión, la traducción de *fellow* para *sujeto* de forma arbitraria. Yo tengo para mí que ha escogido esa equivalencia porque es precisamente la primera que suelen dar los diccionarios. De hecho, ésta es precisamente la segunda acepción que nos ofrece el *DRAE*, tras “asunto o materia sobre que se habla o escribe”, que no suele ser precisamente la acepción más común de esa palabra.

IV. PRAGMÁTICA DE LOS FALSOS AMIGOS

Hasta ahora he aludido ocasionalmente –especialmente en el caso de los falsos amigos semánticos parciales– al contexto como clave para detectar en qué casos dos palabras dadas de dos lenguas dadas son falsos amigos o no. Así, *bagne* y *baño* no serían falsos amigos en el siglo XVII y en un contexto en el que se estuviese hablando de cautivos y prisiones, mientras que, con toda seguridad, lo serían en otros contextos temáticos o sincrónicos. Esto hace que el recurso al contexto sea inexcusable a la hora de detectar si un término dado ha funcionado o no como un falso amigo en un momento dado y en unas circunstancias dadas. Y, precisamente por ello, son necesarias determinadas estrategias pragmáticas de cara a detectar y, en su caso, explicar el uso de los falsos amigos en el discurso.

En este sentido hay dos contextos principales en los que abundan los falsos amigos: 1, en las preferencias del hablante nativo de una lengua que no tiene suficiente competencia en la otra lengua en la que intenta expresarse o que, incluso teniendo una competencia aceptable, se deja seducir por el significado que una palabra tiene en su propia lengua nativa; y 2, en los textos traducidos de otras lenguas. En el primer caso el falso amigo es achacable a la falta de pericia del hablante en la LT, en el segundo a la falta de pericia del traductor en la LO. Ahora bien, si las cosas fueran tan sencillas y el problema de los falsos amigos se redujese a una cuestión de competencia lingüística o de pericia del que lleva a cabo la tarea de traducir, tendría una fácil solución teórica y práctica. Bastaría con que el hablante o el traductor alcanzasen una competencia igual de buena en las dos lenguas de modo que fuese cierto que “si, por ejemplo, conozco el significado de una palabra inglesa y de una palabra alemana que tiene igual significado que la primera, entonces es imposible que no sepa que ambas significan lo mismo, es imposible que no pueda traducir una cualquiera

de ellas a la otra” (Wittgenstein, *Tractatus*, 4.243). Pero, de hecho, las cosas son bastante más complejas, de modo que el tema requiere algunas explicaciones que vayan más allá del fácil recurso a la falta de competencia del hablante o del traductor.

Con respecto al texto o preferencia en que aparezca un (posible) falso amigo también podemos encontrar dos situaciones básicas; 1, que el texto resultante en la LT tenga sentido a pesar de que el hablante haya caído en la trampa de un falso amigo; y 2, que el texto resultante en la LT no tenga sentido o haya algo raro o incongruente en él. Cuando el texto resultante en la LT tiene sentido, es posible que el falso amigo sea indetectable aunque el hablante haya querido significar con su preferencia algo muy distinto a lo que ha entendido de hecho el oyente. Consideremos para ilustrar esto los significados del adjetivo francés *spirituel*. Este adjetivo comparte con el castellano *espiritual* los significados de ‘incorpóreo’ o ‘inmaterial’ y de ‘piadoso’, ‘religioso’ o ‘sagrado’; pero, además de esos significados, el adjetivo francés ha desarrollado el significado de ‘ingenioso’. De manera que si alguien traduce [16] *J’ai maintenu un long entretien spirituel avec lui* como [16.1] *He mantenido una larga conversación espiritual con él*, el error sería indetectable aunque, con [16], el hablante hubiese querido significar [16.2] *He mantenido una larga conversación ingeniosa con él*.³⁷ Pero, cuando en el texto resultante en la LT hay algo raro o incongruente o el contexto indica que la preferencia de que se trate no parece la más adecuada, entonces se puede disparar en el oyente/lector una estrategia pragmática que permita reconstruir lo que el hablante quiso significar cuando cayó en la trampa de un falso amigo, estrategia para la que se requiere –obviamente– que el oyente tenga una cierta competencia en la LO. Si le falta esta competencia, podrá detectar la incongruencia, pero no podrá dar razón de ella, ni, por ende, tampoco podrá descubrir lo que en realidad quería significar el hablante con su preferencia.

En el supuesto de que el oyente tenga una cierta competencia en la LO y de que haya detectado alguna incongruencia o rareza en una determinada preferencia, se disparará en él una estrategia pragmática que le permita reconstruir lo que el hablante quiso significar con su preferencia. Esta estrategia es básicamente la misma que la que suelen seguir los oyentes en su propia lengua nativa cuando intentan identificar el significado de una preferencia en la que se han usado una metáfora, un eufemismo o una metonimia novedosos o poco lexicalizados aún (Chamizo Domínguez, 1998: 31-44). Los pasos básicos que seguiría el oyente para reconstruir lo que quiso significar el hablante cuando

37 El adjetivo *spirituell* fue tomado por la jerga filosófica alemana y es usado, entre otros, por Hegel.

usó un falso amigo y su preferencia resultó incongruente en su contexto, serían los siguientes: 1, es imposible (o sumamente improbable) que el hablante haya querido significar lo que su preferencia significa de hecho en la LT; 2, puesto que parece no tener una buena competencia en la LT, es probable que haya querido significar otra cosa distinta; 3, en su preferencia la mayoría de las palabras parecen tener sentido en la LT, aunque hay al menos una que parece no encajar en ese contexto; 4, quizás use la palabra en cuestión de forma incongruente o rara porque tenga en la mente una palabra similar en su lengua materna; 5, puesto que sé (o supongo) que la palabra en cuestión es un falso amigo, probablemente el hablante haya querido significar con ella en la LT lo que esa palabra significa en su lengua nativa; y 6, intentaré verificar esto recurriendo a preguntas ulteriores al propio hablante o consultando alguna obra que me permita verificar o falsar mi hipótesis.

Consideremos ahora dos casos reales para ilustrar cómo pueden realizarse de hecho las estrategias pragmáticas. El primero de ellos es el que le aconteció a cierto decano dimisionario. Este colega, una vez que había dejado de ser decano, se encontró con unos amigos angloparlantes quienes, sin saber que había dimitido –y precisamente porque no lo sabían– le preguntaron por cómo le iba en el cargo. La respuesta del decano dimisionario fue [17] *I've dismissed* queriendo significar [17.1] *He dimitido*, aunque la frase inglesa implica que a uno lo han cesado porque ha cometido algún tipo de delito o error muy grave. Dada esta implicatura de [17], los angloparlantes le preguntaron inmediatamente a su amigo el ex-decano [18] *We can't believe it. Which has been your crime?* Y justamente en este momento es cuando el ex-decano cayó en la cuenta de que había caído en la trampa de un falso amigo y había inducido a sus interlocutores a un (grave) error sobre los motivos de su cese. En este momento es cuando tuvo que reconducir la conversación y explicar a sus amigos angloparlantes que, en realidad, no había sido cesado por ninguna razón sino que había sido él quien había *resigned* por su propia voluntad.

El caso anteriormente referido se desarrolla en el ámbito de una conversación informal y pudiera ser achacable justamente a la falta de reflexión propia de las conversaciones informales. Pero lo mismo se puede detectar de vez en cuando en las traducciones más cuidadosas y reflexivas de textos filosóficos o científicos, en los que también el traductor es engañado más de una vez por algún falaz falso amigo semántico. Así, en la conocida traducción de una de las obras de J. L. Austin (1989: 198) se puede encontrar la aseveración [19] *Puedo muy fácilmente arruinarlo, y lo haré si soy extravagante* como traducción de la aseveración inglesa [19.1] *I may very easily ruin him, and I shall if I am extravagant*. Ahora bien, mientras que [19] tiene sentido en inglés, el lector detecta que [19] no tiene sentido en castellano, pues de que alguien sea “raro, extraño, desacostumbrado, excesivamente peculiar u original” no se sigue el

que arruine a nadie. Y, dado que [19] no tiene sentido, el lector podrá iniciar un proceso pragmático –que, en este caso, viene facilitado por el hecho de que el traductor, que no debía estar demasiado contento con la traducción propuesta, facilitó también la aseveración inglesa original³⁸ que lo lleve a descubrir que *extravagante* es un falso amigo semántico con respecto al inglés *extravagant*. Y la razón última de que [19] no tenga sentido mientras que [19.1] sí lo tenga radica en el hecho de que una de las acepciones de *extravagant* hacen a ese término sinónimo de *prodigal*, *improvident* o *spendthrift*, pero ese término no es nunca sinónimo de *odd* o *rare*, que serían precisamente dos equivalentes ingleses para el castellano *extravagante*. Dicho de otro modo, de que alguien sea despilfarrador, pródigo, manirroto o derrochador sí se sigue el que pueda arruinarse a sí mismo o a otro, pero no de que sea extravagante o raro.

V. CONCLUSIONES

El prestar atención al fenómeno de los falsos amigos es algo que, por razones prácticas, interesa muy especialmente a los docentes de lenguas extranjeras y a los traductores, pero, además, su estudio interesa también lo mismo a la lingüística general que a la filosofía del lenguaje, la sociología del lenguaje o la psicología del lenguaje. Y ello por las siguientes razones: 1. el estudio de los falsos amigos es un instrumento precioso para revelar los mecanismos metafóricos, metonímicos, irónicos o eufemísticos que explican la acuñación de nuevos significados para antiguos significantes. 2. Para analizar los diversos modos como los hablantes de lenguas y culturas diferentes han llegado a conceptualizar la realidad de forma distinta por medio de cambiar los significados a palabras que han compartido un mismo significado en el pasado. 3. Para analizar las diversas redes conceptuales figurativas (muchas de ellas impredecibles a priori) que crean los hablantes de las diversas lenguas para conceptualizar un mismo objeto. 4. Para la pragmática de los malentendidos lingüísticos y, por ende, conceptuales.

REFERENCIAS

AA. VV. 1999. *Gran diccionari de la llengua catalana*. Barcelona: Enciclopèdia Catalana.

38 Sobre este recurso de salvaguardia de la traducción consistente en añadir a una traducción problemática o dudosa el texto original o las palabras claves del texto original, puede verse (Chamizo Domínguez y Klyukanov, 2001). Obviamente, para que este recurso funcione, es necesario que el lector tenga cierta competencia en la LO, pues, en caso contrario, maldito lo que ayuda tal recurso.

- ALCOVER, Antoni M. y Francesc de Borja MOLL. 1930. *Diccionari català-valencià-balear*. Palma de Mallorca: Impremta d' Antoni M. Alcover.
- AUSTIN, John L. 1989. *Ensayos filosóficos*. Traducción de A. García Suárez. Madrid: Alianza.
- BUNCIC, Daniel. 2000. *Das sprachwissenschaftliche Problem der inner-slavischen, Freunde' im Russischen*.
<http://www.uni-bonn.de/%7Edbuncic/staatsarb/fauxamis.htm>
- BURGEN, Stephen. 1996. *Your Mother's Tongue. A Book of European Invective*. Londres: Indigo.
- CANTERA ORTIZ DE URBINA, Jesús, Francisco Ramón TRIVES y Florentino HERAS DÍEZ. 1998. *Diccionario francés-español de falsos amigos*. Alicante: Universidad de Alicante.
- CARADEC, François. 1989. *N'ayons pas peur des mots. Dictionnaire du français argotique et populaire*. París: Larousse.
- CARROLL, Susan E. 1992. "On Cognates", *Second Language Research*, 8 (2), pp. 93-119.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, Pedro J. 1998. *Metáfora y conocimiento*. Málaga: Analecta Malacitana.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, Pedro J. 2002: "Through the Looking Glass: Ambiguity, Polysemy, and False Friends in Back Translation". *Turjumàn*. 11 (2), pp. 43-66.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, Pedro J., 2004. "La función social y cognitiva del eufemismo y del disfemismo", en *Panacea*. Vol. V, Núm. 15, pp. 45-51.
http://www.medtrad.org/Panacea/Actual/n15_tribuna-ChamizoDomínguez.pdf
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, Pedro J. en prensa: "False Friends", en Brown, Keith (ed.) *Encyclopedia of Language and Linguistics*. Oxford: Elsevier, 2ª.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, Pedro J., y Francisco SÁNCHEZ BENEDITO. 2000. *Lo que nunca se aprendió en clase: eufemismos y disfemismos en el lenguaje erótico inglés*. Granada: Comares. Prólogo de Keith Allan.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, Pedro J. e Igor E. KLYUKANOV. 2001. "Translation Safeguarding Device", en *Turjumàn*. 10 (1), pp. 43-58.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, Pedro J., y Brigitte NERLICH. 2002: "False friends: their origin and semantics in some selected languages", en *Journal of Pragmatics*. 34, pp. 1833-1849.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, Pedro J., y Thomas FUYIN-LI. 2004. "Zoosemy in Spanish and Chinese: A semantic and cognitive analysis", en *Research in Foreign Language and Literature*. 4-1, pp. 78-84.
- COLIN, Jean-Paul, Jean-Pierre MÉVEL y Christian LECLÈRE. 1994. *Dictionnaire de l'argot*. París: Larousse.

- COROMINAS, Joan y José A. PASCUAL. 1984-87. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.
- DANINOS, Pierre. 1990. *Les carnets du major W. Marmaduke Thompson. Découverte de la France et des Français*. Paris: Hachette, 39^a.
- FERGUSSON, Rosalind. 1986. *The Penguin Dictionary of English Synonyms and Antonyms*. Harmondsworth: Penguin.
- KLEPARSKI, Grzegorz A., 2002. "Lusta mint a disznó: A hunt for correlative zoosemy in Hungarian and English". *Studia Anglica Resoviensia*, 6, pp. 9-32.
- KOESSLER, Maxime y Jacques DEROCQUIGNY. 1928. *Les faux amis, ou, Les trahisons du vocabulaire anglais: conseils aux traducteurs. Avec un avant-propos de M. Louis Cazamian et une lettre de M. Émile Borel*. Paris: Vuibert.
- MARTSA, Sándor, 2001. "On the Lexicalisation of Conceptual Metaphors: A Cross-Linguistic Study of Animal-Based Metaphors", en Andor, József, Szucs, Tibor, y Terts, István (eds.). *Színes eszmék nem alszanak... Szépe György 70. születésnapjára*. Pécs: Lingua Franca Csoport, pp. 774-798.
- NACISCIONE, Anita. 2001. *Phraseological Units in Discourse: Towards applied stylistics*. Riga: Latvian Academy of Culture.
- NERLICH, Brigitte, y David CLARKE. 2001. "Serial metonymy: a study of reference-based polysemisation", en *Journal of Historical Pragmatics*, 2 (2), pp. 245-272.
- NERLICH, Brigitte y Pedro J. CHAMIZO DOMÍNGUEZ, 1999. "Cómo hacer cosas con palabras polisémicas: El uso de la ambigüedad en el lenguaje ordinario", en *Contrastes*. IV, pp. 77-96.
- OED. 1989. *The Oxford English Dictionary*. Ed. de J. A. Simpson y E. S. C. Oxford: Clarendon Press, 2^a.
- REY-DEBOVE, Josette (ed.). 1990. *Dictionnaire méthodique du français actuel*. Paris: Robert.
- SZPILA, Grzegorz. 2003: *An English-Polish Dictionary of False Friends*. Cracovia: Wydawnictwo.
- TRUP, Ladilav. 1998. "Problemas de la interferencia y otros escollos entre el eslovaco y el español", en *Actas del II encuentro de profesores eslovacos de español*. Bratislava: Embajada de España, pp. 46-62.
- VEISBERGS, Andrejs. 1993. *Latviesu–angļu, Angļu–latviesu Viltus Draugu vārdnīca/Latvian–English, English–Latvian Dictionary of False Friends*. Riga: Izdevniecības firma "SI".
- WITTGENSTEIN, Ludwig. 2003. *Tractatus logico-philosophicus*. Traducción, introducción y notas de Luis M. Valdés Villanueva. Madrid: Tecnos [1922].